

Aprendices en un Campamento del Frente de Juventudes

POR

MANUEL DEL POZO MAQUEDA, Aprendiz de la Maestranza Aérea de Sevilla

Las líneas que componen el siguiente artículo están escritas con emoción y sencillez por uno de estos muchachos—casi niños—de las Escuelas de Aprendices, en las que se forjan los futuros soldados-obreros del Ejército del Aire. REVISTA DE AERONAUTICA se complace en publicar el exaltado y sentido canto de amor patrio del aprendiz Manuel del Pozo.

¡Escuchad! Hay cadencia de himnos en los aires; parten de una caravana, llenando de ecos los espacios con ardores y fiebre de guerra, albricias y saludos de paz, estrofas y recuerdos de amor; se enaltece y bendice al trabajo con versos a la vida, e invocaciones a la muerte nacen graves y majestuosas de los pechos hasta perderse en el claro azul de la mañana camino del cielo; son cantos de juventud ungidos de fe, henchidos de recuerdos, que todo lo dicen, abrazando la universalidad de las ideas, la comunidad de las esperanzas y grandezas futuras; compendian risas y notas, sueños y poesías, luchas y amores. ¡Himnos de falange triunfal!

Queda atrás Sevilla, pulcra y señorial, somnolienta y callada, reposando en el augusto silencio de sus horas madrugadoras, mecidas por las ondas del río, que, a su vez, parece que canta; perfumada con la esencia de sus claveles y vestida con el rico atavío de sus parques y jardines, floridos volantes prendidos al talle gitano de su airoso corte de luz.

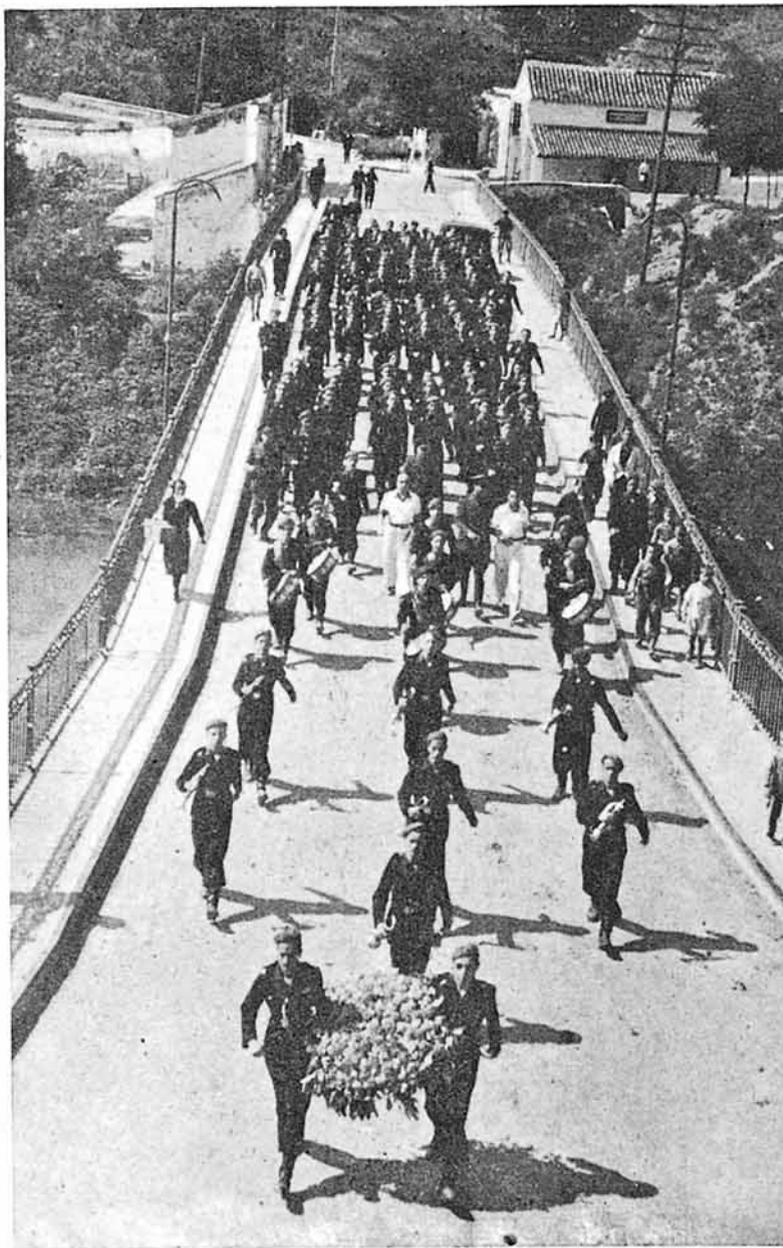
Rompía la caravana la quietud del paisaje con deseos de nuevos horizontes, de rutas desconocidas, rondando sobre el azul de la carretera, bruñida por la luz cruda del amanecer y semejante a un jirón de cielo, que, desprendido y oscilante por los espacios, hubiese quedado tendido a secar entre los almendros y caseños de sus riberas.

La nota estridente de un clarín vibrando en los aires dió un toque de atención, que repercutió de cerro en cerro hasta perderse en la lejanía infinita; abrazos y saludos, palabras de bienvenida y planes de sinceridad y emoción acogieron nuestra llegada; desde aquel instante comenzaba una nueva vida de aire y de sol, en donde el organismo, fatigado y cansino, hallaría sano alimento bajo el azul del cielo y entre el verde dosel de unos bosques de pinos.

Flameaban las banderas al viento como haciendo muecas y señales al sol, que desde allá arriba sonreía complacido entre los revueltos cabellos de su brillante pelambreira, mientras abajo, acogidas en las faldas de un montecillo, blanqueaban las tiendas entre el verdor, como si las aguas del vecino río, lanzando a los cielos sus espumas, quedasen prendidas al caer entre las matas de tomillos y mejoranas; entretanto moría la tarde mansamente, acogiendo entre los pliegues de su manto de luz la oración de los caídos, que al desprenderse de nuestros labios la recibía piadosa, hasta remontar con ella la bóveda azul del infinito templo de los cielos; a su vez una corona, llevada en ofrenda por dos camaradas, besaba sumisa en la humildad de sus flores silvestres los pies de una tosca cruz de pino que mira-

ba a los cielos estrechando en sus brazos eternos el bullicio de los vivos y el descanso de los muertos.

Entre cantos y risas, murmullos de conversación, carreras y pisadas, expansiones del alma y retazos jo-



En marcha hacia la Cruz de los Caídos para depositar una corona.

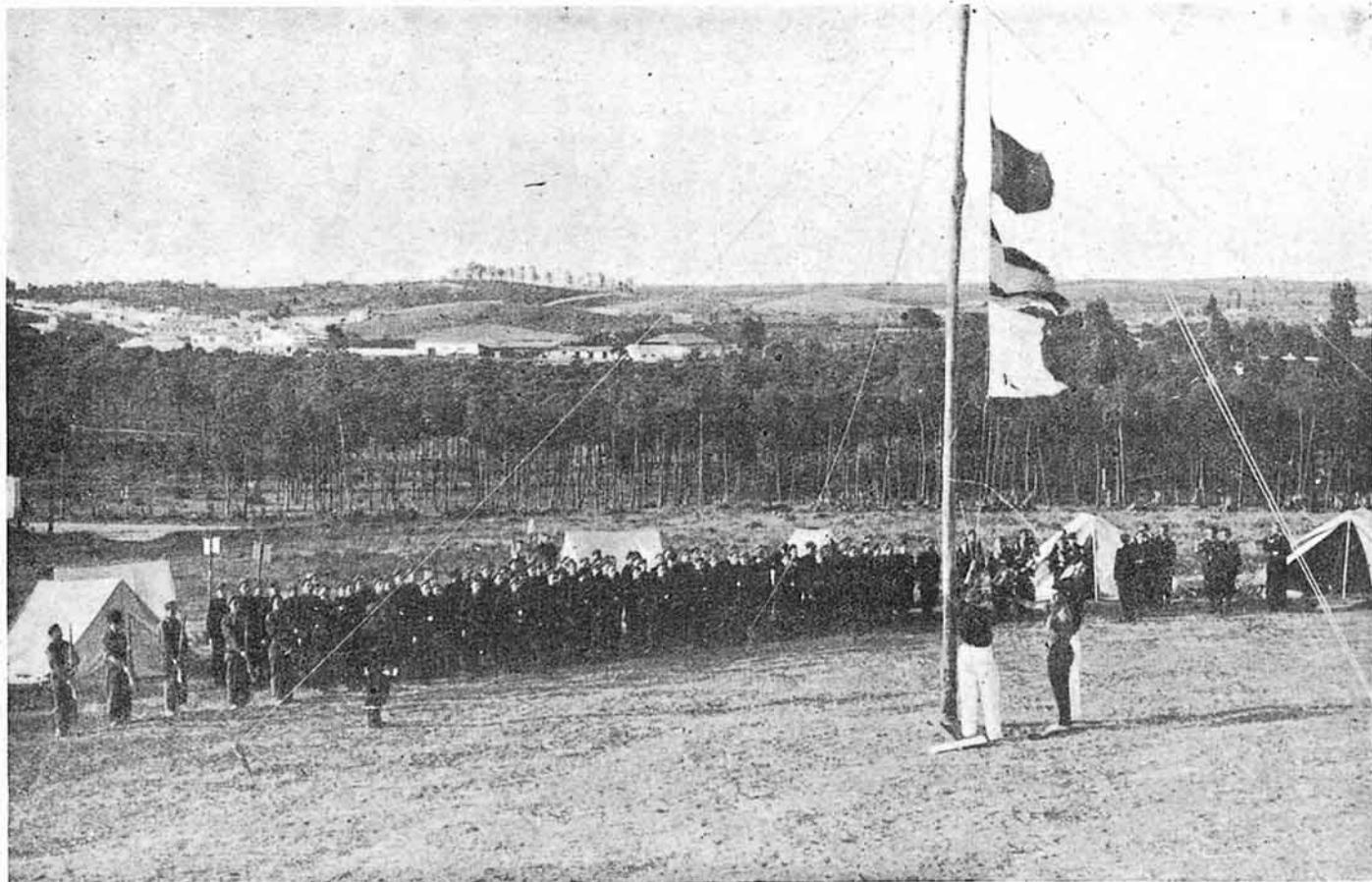
cosos del corazón, llegaba la noche; se arriaban banderas que bajan envueltas por las notas y estrofas de himnos nacionales, y el toque de oración eleva salmos y oraciones que acompañan al sol, que muere por el oeste, y cuelgan de las inmensidades los negros crespones de las tinieblas y el silencio.

Se ha iluminado de pronto el campamento con la luz de una hoguera, que lanza las alegres lenguas de sus llamas contra el cerco de los cuerpos arrebujados en mantas por el frío que aún se deja sentir; colorean los rostros con resplandores de sangre, son las fogatas de campamento alrededor de la cual el humorismo y la amenidad encuentra campo propicio donde expandirse, trayendo el cortejo de unas risas en actos peregrinos, lleno de donosos conceptillos, transcordados antojos, sabrosos regocijos; sanísimo ardor de júbilo y bienestar; quién recita un viejo romance con sabor y tonadilla a la antigua fabla castellana; esotro es una barcarola que puebla el ambiente de luna, de amor, olores de azahar con olas y chasquidos de remos; aquél una rima de Bécquer, que se hacen más dolorosas y tristes entre la negación de la noche; allá es la salida de una canción que pone un ¡ay! de sentimiento a través del negro tul de las tinieblas, y donde se recuerda a la madre, a la hermana, a la novia, a Dios...; entre risas y gemidos, pausas y estertores, se percibe una leyenda que dice de amanecer en España, triunfante y audaz, henchida de yugos y flechas, camisas azules y brazos en alto, entre caminos de esperanzas que conducen al Imperio, y todo se pierde entre las voces que proclaman las filas prietas, recias y marciales, en el caminar

de las centurias de frente al mañana con promesa de pan y justicia.

Reposo y silencio, los cuerpos descansan mientras el espíritu vela forjando quimeras y fantasmas, que se desvanecen con la primera aurora; y ya es pleno día, se anima el vecino pueblo con los ecos marciales de un desfile; se ofrenda una corona en la Cruz de los Caídos, y desfilan las escuadras con vista a la izquierda, fija y clavada en la Cruz, donde todos los "idos hallaron el inmortal seguro; se hace el silencio y suena una voz recia y varonil, que desgrana en los aires unos pensamientos sublimes: es la del camarada Pardo Maestre, que enseña una doctrina que él mismo recogiera de labios del profeta José Antonio; tiene recuerdos para el Ausente, pide a la juventud un Imperio, que entre risas de primavera se extienda por cielo, tierra y mar, para terminar con una invocación a Dios, Padre y Señor de nuestros universales destinos.

Ha sonado la hora de partida, se levantan las tiendas y se abaten los altos mástiles de las banderas; se oye el rumor de una caravana, que, de vuelta, se pone en marcha; todo parece despedirnos: el sol, el río, las plantas, el pueblo, de limpias casitas blancas; retornan los chicos, rebosantes de salud y alegría; yo, al perderse el coche en un recodo de la carretera, me he puesto en pie, he querido echar por vez última una ojeada sobre el lugar del campamento; sólo la Cruz quedaba enhiesta, erguida de todo él, y he creído ver a sus pies la silueta de dos figuras humanas que hacían su puesto; de pronto he pensado: ¡Bajará todavía a militar la vieja guardia de los Luceros!



Momento de izar la Bandera en el Campamento.